

Juan 14:15-21

Juan 14:15-21 Pentecostés 1974

¿Han sentido algunas veces muy solos? ¿Como si no había nadie en el mundo presente para ayudar en caso de necesidad? ¿Oyendo sonidos raros en la noche, y no sabiendo qué son? En tales ocasiones nos gustaríamos mucho tener a un acompañante, alguien con quien hablar y que pueda quitar el miedo y la duda.

Nuestro texto de hoy nos da una promesa, una promesa importante. Cristo nos promete que nunca nos quedaremos solos. Habla de la venida del Espíritu de Verdad. Es enviado por el Padre, viene a los que aman a Cristo, y crea en nosotros la unión con Dios.

"Y yo rogare al Padre, y os dará otro consolador, para que esté con vosotros para siempre". Cristo estaba hablando aquí a sus discípulos y dice así: "Todavía un poco, y el mundo no me verá mas". Estaba acercándose el tiempo en que moriría en la cruz. Después de esto, el mundo no le vería más. Tenían la bendición, aunque no reconocida, de tener al Hijo de Dios mismo andando entre ellos, pero en su muerte todo eso cambiaría. Después de su resurrección el mundo en general no iba a verlo, iba a aparecer solamente a los creyentes. Y luego iba a ascender al cielo. ¿Pero estarían desamparados también sus discípulos? No, porque Cristo mismo iba a rogar a su Padre que enviara a otro Consolador. Cristo fue el Consolador, acompañante, y guía de los discípulos mientras estaba con ellos en la tierra. Quitada su presencia visible, los discípulos siempre no estarían solos, porque otro Consolador iba a estar a su lado en el lugar de Cristo. Esto sería una presencia personal. Cristo había estado personalmente con ellos para ayudarles y consolarles con sus promesas del perdón y la bendición. Él, como una persona, comunicaba con ellos, y les enseñaba la verdad. El otro Consolador también estaría presente personalmente para enseñar, guiar y consolar a su gente.

Y la promesa de Cristo es que nunca necesitarían sentirse solos en esta tierra. Lo que Cristo pide del Padre, el Padre da. "Os dará otro Consolador". ¿El propósito de su venida? "Para que esté con vosotros para siempre". No se limita la presencia del otro Consolador a unos días o algunas ocasiones especiales, sino que estará con los discípulos para siempre.

Aquí tenemos una parte de la respuesta a los problemas que mencionamos en el principio. A los que viene el otro Consolador, por el Padre, ellos nunca tienen que estar o sentirse solos. Tienen a un Consolador, que está presente para siempre si acaso le escuchan.

¿Pero, estamos nosotros entre aquellos a quienes el Padre envía al otro Consolador? ¿Quién lo recibe? Viene a los que aman a Cristo. Pero también nadie puede amar a Cristo sin su presencia.

Cristo identifica al otro Consolador como "el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará con vosotros". Es el Espíritu de verdad que no todos pueden recibir. El mundo no lo ve. Los discípulos sí. ¿Cómo? Los que rehúsan aceptar la verdad no pueden conocer al Espíritu de la verdad. Como Cristo dijo a los judíos incrédulos: "Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. Él ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira; y a mí porque digo la verdad no me creéis".

Los que rehusaban aceptar la verdad de Cristo, no aceptarían al Espíritu de verdad tampoco. Así perderían el consuelo de tener al otro Consolador a su lado, igual como la venida de Cristo mismo no les ayudaba.

En el día de Pentecostés cuando vino el Espíritu Santo en forma muy especial sobre los apóstoles y ellos hablaban en las lenguas de todos los que habían venido a la fiesta a Jerusalén, y muchos creyeron la palabra de Pedro y Pedro les dijo: "Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo". Había tres mil personas que recibieron este Espíritu de Verdad en aquel día. Pero otros, viendo y oyendo las mismas cosas, dijeron burlándose, "Están llenos de mosto".

Los que resistan al Espíritu Santo y su verdad no pueden verle ni conocerle. ¿Y cómo viene el Espíritu de verdad? Cristo rogaba al Padre: "Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad". Los que reciben al Espíritu Santo son los que escuchan la palabra de Dios, que es la verdad, y por medio de la cual el Espíritu Santo entonces crea la fe en nuestros corazones. ¿Qué hace el Espíritu Santo? "Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviara en mi nombre, él os enseñara todas las cosas". ¿Cómo?

"Y os recordará todo lo que yo os he dicho". Es por las palabras de Dios que obra el Espíritu Santo en los corazones de los hombres.

Dijo Cristo a los discípulos: "Pero vosotros le conocéis porque mora en vosotros y estará en vosotros". ¿Se aplica esto a nosotros también? Tenemos que preguntar otra cosa. ¿Mora el Espíritu Santo en ustedes? ¿Cree Ud. en Cristo, que es su Señor, que ha dado su vida por Ud. para pagar el precio de todos sus pecados, y que por él Ud. está perdonado de toda su maldad y pecado y que tiene en él la promesa de la vida eterna?

Si Ud. confía en Cristo como su Salvador, puede estar seguro de que el Espíritu Santo mora en Ud. porque "Nadie puede llamar a Jesús Señor sino por el Espíritu Santo". Él nos da esta fe. Y así tenemos la promesa de Cristo de que también estará con nosotros en el futuro. Que no somos desamparados. O sea, que Dios Padre lo dará "para que esté con vosotros para siempre".

Pero Cristo promete más. "No os dejaré huérfanos, vendré a vosotros". Con la venida del Espíritu Santo, Cristo mismo también viene y nos acompaña. Había dicho que el mundo no le vería más. Pero continúa: "Pero vosotros me veréis; porque yo vivo, vosotros también viviréis. En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros". Los discípulos tenían esta confianza el día de Pentecostés.

Cristo dijo: "Yo vivo". Aunque iba a morir muy pronto, nuestro divino Salvador puede decir "yo vivo", porque en su muerte la vida iba a vencer y en su resurrección volvió a la vida para siempre.

"Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre sino por mí".

Creyendo en Cristo venimos al Padre. Y tenemos la vida eterna. Y estamos unidos a Cristo. Él está en su Padre, y dice que él también está en nosotros, y nosotros en él. Esta unión entre los creyentes y su Dios es una cosa que sabemos con toda seguridad, pero sólo por la fe, sólo porque el Espíritu mismo nos hace reconocer esta verdad.

¿Pero puede uno que está unido con Dios hacer otra cosa que seguir a Dios y su voluntad? La obra del Espíritu, el otro

Consolador, en darnos la fe y consuelo del perdón de Jesucristo, nos muestra el amor de Cristo, y como gente amada por Cristo, también mostramos el amor para con él. ¿Cómo mostramos que amamos a Cristo? “Si me améis, guardad mis mandamientos”. La fe que nos da el Espíritu Santo y por la cual tenemos la vida eterna y el perdón de los pecados, nunca queda sola, sino que se acompaña por su resultado inevitable, una vida de obediencia a la santa y buena voluntad de Dios. Si bien no podemos llegar al cielo por las obras de la ley, su propósito fue mostrarnos nuestros pecados, siempre ahora que tenemos vida de Dios y somos rescatados del poder del pecado y de Satanás, somos guiados en nuestras vidas bajo el poder del Espíritu Santo que mora en nosotros, por los mandamientos de Dios.

En esta vida es verdad que nunca venceremos completamente el pecado, pero hay una diferencia en nuestras vidas, si realmente amamos a Cristo nuestro Salvador. Así que Cristo mismo nos dice: "El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ese es el que me ama". Si amamos a Cristo, Cristo debe poder encontrar algo de evidencia en nuestras vidas.

“Y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él”. Cristo responde a este amor que procede de la fe, y muestra más su propio amor divino, y también el Padre hace lo mismo. Y Cristo y su significado para nuestra salvación y vida serán más claros todavía, puesto que continuaremos en comunión con el Espíritu de verdad que nos guía a toda verdad.

Así Dios nos asegura que no estamos solos. El Espíritu de Verdad es nuestro Consolador, que siempre está con nosotros y en nosotros, para recordarnos de Cristo y su amor para con nosotros. Y no sólo esto, sino que Cristo mismo está presente con nosotros y en nosotros. ¿Podemos sentirnos solos, desamparados, con tales consoladores siempre presentes y disponibles en nosotros?

Están con nosotros. Así, vivamos siempre de manera que agrada a Cristo y a su Espíritu, mostrando el amor que él primero nos mostró por vidas de obediencia y amor para con Dios y amor también para con nuestro prójimo.

¡Qué el Espíritu nos ayude!

Amén.